

temor, y sobre todo que no se precipitasen para dar un trono que pedía costumbres ejemplares y un celo ardiente en defensa de la Religión, sino que multiplicasen las limosnas y dirigiesen á Dios fervientes oraciones á fin de que arrepentidos sus enemigos volviesen á la santa Esposa del Salvador que no se desdenó de morir por ella (1). Despues señala la fórmula del juramento que prestará el rey electo. «En cuanto á los eclesiásticos, somos de dictámen (le dice), á causa de los disturbios de las provincias y de la escasez de buenos operarios, que los sufrais segun su estado actual, moderando el rigor de las leyes canónicas; salvo, empero, la fidelidad que os deben, tal como vos mismo la habeis prometido á San Pedro.» En otra carta del mismo año (1081), el Papa invita á Altmano á que se entienda con el arzobispo de Satzrburgo y con los demas obispos. «A todos los que quieran volver, añade, recibidlos como hermanos, y sobre todo al obispo de Osnabruck, de cuyas buenas disposiciones hemos tenido noticia.

Antes de todos estos resultados de los crímenes y de la impiedad de Enrique, cuya série nos ha parecido que no debíamos interrumpir, se tomó en consideracion en el mismo concilio en que el Papa dió la sentencia contra él, la antigua disputa renovada dos años antes entre el arzobispo de Tours y el obispo de Dol en Bretaña. Habiendo concedido el Papa en el año 1073 el pálio al obispo de Dol, cuyos predecesores habian estado por espacio de dos siglos en la posesion del título de arzobispos y de la jurisdiccion sobre los obispos de Bretaña, dirigió sus quejas á Roma el arzobispo de Tours. Le respondió San Gregorio, que habia creído deber conceder aquella gracia provisional á los señores del pais que se

(1) Lib. 9, Epist. 3 et 10.

ofrecian á acabar con los abusos de la investidura y del dinero que se daba por las ordenaciones episcopales; pero que la dignidad de la iglesia de Tours se hallaba conservada por las mismas letras de la concesion, en que habia insertado la cláusula, *sin perjuicio de los derechos del arzobispo de Tours.* «Por lo cual (concluía el Papa) debeis esperar con resignacion el exámen y la decision de esta causa, la que terminaremos lo mas pronto que nos sea posible.» Habiendo concurrido dos años despues al concilio de Roma los interesados, se quiso proceder al exámen de sus derechos respectivos. El arzobispo de Tours probó claramente por las bulas y breves de muchos Papas, que la Bretaña debia reconocerle por su metropolitano. El obispo de Dol no presentó ninguna prueba sólida; sin embargo, como alegase que habia dejado en su palacio un documento perentorio, le concedió el Papa una próroga, y prometió enviar legados para que juzgasen la causa en el mismo lugar á que era relativa, lo que se verificó efectivamente en el pontificado de San Gregorio VII, aunque sin terminar esta larga contienda, la cual no quedó concluida hasta el año 1095 en el concilio de Clermont, en el que obligó el Papa Urbano II al obispo de Dol á sujetarse con todos los bretones al arzobispo de Tours, y á darle satisfaccion por la desobediencia anterior (1).

Pero el concilio de San Gregorio VII terminó la causa de Manasés de Reims, condenado el año precedente en un concilio que celebró en Lyon el legado Hugo, obispo de Dié. Se habia hecho odioso aquel arzobispo por su intrusion simoniaca, por la disipacion de los bienes de su iglesia, por las exacciones y vejaciones con que molestaba á sus clérigos, por la usurpacion de las abadías, y por el abuso que hacia de las

(1) Can. 7, pag. 589.

censuras para satisfacer su pasion. Era de familia noble; pero solo lo demostraba en la altivez, en el tono imperioso, en el amor del fausto y en la familiaridad con los grandes, despreciando á los eclesiásticos, y olvidándose con respecto á ellos hasta de los principios de la urbanidad, de la humanidad y de la decencia. No se avergonzaba de manifestar públicamente el disgusto que le causaban sus funciones, ni de que en el episcopado solo le agradaba el fausto, las delicias y la opulencia. Sin embargo, no se atrevió á recurrir al Papa, el cual tuvo intencion de señalarle todavia un plazo para justificarse. Muchos actos semejantes, dieron márgen en 1078 á la carta siguiente que escribió á San Gregorio el legado Hugo: «No continúe vuestra Santidad esponiéndonos á recibir afrentas. No ignoramos que los culpables á quienes hemos condenado acuden inmediatamente á Roma, donde lejos de tratarlos con mas rigor cual convendria, se aumenta su audacia con una indulgencia ruinosa.» Sea cual fuere la idea que se hubiese formado de la severidad de San Gregorio VII, ello es que se le temia menos que á su legado. Este Papa, inflexible con los orgullosos y refractarios, se dejaba ablandar por la humillacion y el arrepentimiento. Quería que sus legados juzgasen segun el rigor de los cánones; pero él moderaba muchas veces sus sentencias, y despues de haber hecho sentir la autoridad de maestro y la severidad de juez, mostraba á las veces una ternura de padre, concediendo á la clemencia todo lo que creia no deber lastimar la justicia. Así lo esperimentó Manasés. San Gregorio le recibió con bondad, y á vista de la esposicion que este prelado le hizo de su causa, le restableció en sus funciones obligándole á jurar sobre el sepulcro de San Pedro que se presentaria al legado para justificarse cuando á ello se le requiriese. Jurólo Manasés; pero el tiem-

po hizo ver que con esto lo que habia hecho era añadir el perjurio á sus demás crímenes (1). Al mismo tiempo que escribia Hugo la carta que nos ha sugerido las reflexiones que acabamos de hacer, enviaba á la Santa Sede cuatro ó cinco obispos de las Galias que acababa de condenar en Poitiers, en un Concilio que nos ha dejado algunos cánones instructivos. Se encuentra en ellos la prohibicion de que reciban los clérigos la investidura de los legos, y de que tengan muchos beneficios, como tambien de que los abades y los monges impongan penitencias sino por comision de los obispos. Se estableció tambien en este concilio que los abades y los arciprestes recibiesen el órden del presbiterado, y que los arcedianos recibiesen el diaconado, ó perdiesen su beneficio (1078).

Celoso Hugo de la observancia de los cánones, se habia grangeado mucho tiempo antes la estimacion del Papa San Gregorio, el cual creyó que debia señalar las primicias de su pontificado con la elevacion de aquel canónigo de Lyon al episcopado (2). Giraldo, obispo de Ostia y legado de Alejandro II en Francia y Borgoña, supo al pasar por Dié que el obispo Lancelin era simoniacó: le citó, y el reo, condenado ya por su propia conciencia, se mantuvo encerrado en el palacio episcopal, resuelto á defenderse en él á mano armada. El legado convocó el clero á la iglesia con los principales ciudadanos. Estando ya reunidos, entró á hacer oracion en la misma iglesia Hugo que pasaba por Dié para ir en peregrinacion á Roma. Repentinamente se oyeron grandes gritos á favor de aquel piadoso peregrino, que creían enviado por la Providencia para reemplazar al obispo indigno, cuando buscaban un sucesor que ocupase

(1) Hist. de l'Eglise gall. lib. 21.

(2) Chron. Hug. Flav. pag. 104.

su Silla. Cogieron á Hugo en la misma disposicion en que se hallaba, y á pesar de la resistencia que opuso lo presentaron al legado, el cual, interpretando la voz del pueblo como la del mismo Dios, le obligó por la autoridad de la Santa Sede á aceptar la dignidad episcopal. Restituido á Roma el legado, dió parte de esta eleccion al Papa San Gregorio que acababa de suceder á Alejandro. Poco despues llegó el mismo Hugo, que no tenia mas órdenes que la primera tonsura. En menos de tres meses le confirió el Papa todas las órdenes, y al punto le envió á gobernar su pueblo. Algun tiempo despues le nombró legado suyo en Francia, donde este hombre animado de un celo ardiente se empleó con todo su poder en el restablecimiento de las leyes canónicas. Ultimamente fué elevado á la Silla honorífica de Lyon.

En esta ciudad fué donde pronunció en nombre del Papa la sentencia de condenacion contra Manasés de Reims (1). Entre el gran número de enemigos del reo, ó por mejor decir, de vengadores celosos de su iglesia, eran los dos mas temibles un eclesiástico llamado Manasés como él, y un doctor de la escuela de Reims llamado Bruno. Era este natural de Colonia, canónigo de San Cuniberto en la misma ciudad, y recomendable ya entonces por su doctrina, por su virtud y por aquellas ideas de perfeccion que le movieron despues á fundar el único orden antiguo, en que no han tenido todavía entrada el espíritu del siglo y la relajacion. La vida del sacerdote Manasés no habia sido siempre tan irreprochable como la de Bruno; pero despues de haber adquirido por medios poco canónicos el deanato del cabildo de Reims, reparó sus faltas con un valor no menos glorioso que la inocen-

(1) *Chron. Virg.* 205; *Tom. 10 Conciliar.* pag. 390.

cia: hizo dimision de su dignidad en manos del legado Hugo, y solo se portó en lo sucesivo como un defensor sincero de la fé y de la disciplina, lo que fué causa de que veinte años despues se le elevase á la misma Silla de Reims. El arzobispo Manasés creyó que le seria mas fácil corromper á su juez que á semejantes acusadores, y así luego que se vió citado al Concilio de Lyon, envió diputados, por cuyo medio ofreció al legado trescientas libras de oro, y á sus criados regalos proporcionados, á fin de que no se exigiese otra justificacion que la del juramento; pero el legado desechó con horror estas ofertas perjuras.

Tomó el arzobispo el partido de quedarse en Reims, y envió una apología en que se hacia visible su mala fé aun á los menos advertidos. Envió tambien al Papa una carta escusatoria en que no alegaba ninguna razon plausible. Se mantuvo firme el Papa en que se le juzgase en las Galias, donde se hallarian sus defensores y acusadores con mas facilidad que en Roma, y le mandó que entretanto se retirase al monasterio de Cluny ó al de la Casa de Dios, con un eclesiástico y dos criados solamente. No habiendo ejecutado nada de lo que se le habia prescrito, el Papa le declaró excomulgado y depuesto sin esperanza de ser restablecido (1080). Queriendo Manasés sostenerse con mano armada, fué arrojado por los señores, por el clero y por el pueblo, y se retiró á los Estados del rey Enrique, donde murió sin tener domicilio.

Muchos grandes del siglo dieron por el mismo tiempo unos ejemplos muy capaces de reparar este escándalo (1). Hugo de Borgoña, biznieto del rey Roberto, y nieto de Roberto, primer duque de Borgoña, de la familia Real de Francia, y duque él mismo de esta bella provincia, despues de tres años

(1) *Mab. saec. VI. Bened. part. 2, pag. 373.*

de gobierno que le conciliaron el afecto de todo su pueblo, deseando asegurar su salvacion, y movido de los grandes ejemplos de su pariente San Hugo de Cluny, se consagró á Dios para siempre en esta célebre escuela de perfeccion (1079), confirmandose mas en su generoso designio con el ejemplo de Simon, conde de Crepi en Valois, y uno de los señores mas poderosos de Francia. La primera noche de sus bodas persuadió Simon á su esposa que se consagrarse como él al Señor, y fué inmediatamente á tomar el hábito al monasterio de San Claudio en la Alta Borgoña. Poco despues San Gregorio le hizo ir á Roma, donde se valió de su mediacion para hacer las paces con el duque de la Pulla. Habiendo caido enfermo Simon, fué el Papa á visitarlo, le confesó y le dió el Viático (1082); se le atribuye la cualidad de bienaventurado. Igual ejemplo de virtud dió Guido, conde de Macon, el cual se retiró á Cluny con toda su familia; de suerte que por falta de herederos quedó reunido este condado á Borgoña, y sujeto como esta al duque Eudon, hermano y sucesor de Hugo.

Luego que supo el Papa el retiro del duque de Borgoña, culpó de ello como una especie de crimen al santo abad de Cluny, cual si hubiese preferido la ventaja de su monasterio al interés general de la Iglesia. En los tres años que reinó este príncipe habia sido constantemente el apoyo de los hombres de bien y el terror de los malos. Le estimaba tan particularmente el Papa San Gregorio por su adhesion á la Iglesia en un tiempo en que tenia esta que sufrir tantas contradicciones; fué tal la piedad del duque, que restituyó á la Santa Sede todas las posesiones de que la habian despojado algunos antecesores suyos, y aun su mismo padre. Escribió pues el Pontífice en estos términos al abad de Cluny: ¿en qué habéis pensado al lle-

varos á vuestro monasterio un príncipe que resistia tan valerosamente á los impíos, que no hubiera temido morir por la verdad, y que sostenia con el mayor empeño la causa de Jesucristo y de su Iglesia? Si huyen ó buscan el sosiego los que defienden el rebaño, ya no es posible resistir á los lobos y á los ladrones. Mostraos enhorabuena poco sensible á mis inquietudes y á mi dolor; pero ¿podeis mirar con indiferencia las lágrimas de las viudas y de los huérfanos, las quejas del clero, y la ruina de las provincias y de las iglesias? Monges hay muchos que temen á Dios, pero príncipes apenas se encuentra uno que sea bueno. Fueron ineficaces los deseos del Papa, porque el duque de Borgoña se mantuvo inflexible en su resolucion. En los quince años que vivió en el monasterio fué la admiracion de todos, especialmente por su humildad, para cuyo ejercicio se empleaba en servir á sus hermanos en los ministerios mas viles.

Habiendo fallecido en Normandía el venerable Herluino, abad del monasterio del Pico (Bec), le sucedió San Anselmo (1). La reputacion de Lanfranco habia atraído á este hombre singular desde la Lombardia, de donde era natural y donde habia empezado sus estudios con mucho aprovechamiento. Los continuó con este sabio maestro, cuya amistad se grangeó muy en breve, así por su buena indole, como por su talento y disposiciones para la virtud. Antes de hacerse religioso estaba inflamado de una caridad ardiente para con sus discípulos, se complacia en ayudarlos en sus estudios, estudiaba él mismo sin intermision; y para conservar con mas seguridad su inocencia, añadía á sus trabajos los ayunos, las vigili-
lias, maceraciones extraordinarias, y un retiro inviolable. Reflexionando un dia acerca de este método de vida, con una exactitud

(1) *Vit. per Edmer. ap. Bolland. die 12 Apr. t. 10.*

que es la mejor prueba de su buen juicio y mucho mas de la gracia que guiaba sus pasos, se dijo á sí mismo, que no haria mas en el estado monástico, y que abrazándole aseguraria mejor su salvacion. Entretanto habiendo sabido la muerte de su padre, por la cual quedaba heredero de cuantiosos bienes, dudó si se consagraria á la vida solitaria, ó si seria mas acertado dedicarse á aliviar á los pobres con las riquezas que habia heredado. Consultó á Lanfranco, y este le decidió á favor de la vida monástica, de acuerdo con Maurilo, arzobispo de Rouen. Solo trató ya Anselmo de elegir monasterio, y movido de una consideración muy importante para un mozo que deseaba con ánsia hacerse célebre por su talento, entró en el monasterio del Pico, siendo su prior Lanfranco, con el objeto de quedar oscurecido con la presencia de este grande hombre. Tres años después, habiendo sido nombrado Lanfranco abad de San Esteban de Caen, le sucedió Anselmo, á los treinta años de su edad. Inmediatamente empezó á dar pruebas de su destreza para el gobierno. Murmuraban algunos hermanos de que hubiese sido preferido á ellos en la prelacia teniendo muchos menos años de profesion; y la defensa que opuso á esto fué aumentar su caridad, su paciencia y modestia, y tratar á todos con aquella dulzura angelical que le caracterizaba, y que muy luego le hizo dueño de los corazones de todos.

Un abad, que tenia gran reputacion de virtud, se quejaba un dia en su presencia de los niños que se educaban en su monasterio. «Estamos, dijo, corrigiéndolos continuamente, y sin embargo cada vez son peores.»—«Y cuando llegan á cierta edad, replicó Anselmo, ¿qué es de ellos?»—«Son estúpidos, y lo mismo que brutos,» respondió el abad.—«Vé ahí, dijo Anselmo, una educacion escelente que convierte al hombre en bruto. Pero decidme, P. abad,

si despues de haber plantado un árbol le estrecháseis por todas partes, de modo que no pudiese estender las ramas ni crecer con libertad, ¿dejaria de salir torcido y no menos estéril que desagradable? Oprimiendo así á esos pobres niños, haceis que den lugar á pensamientos tristes y á inclinaciones perversas que se consolidan con los golpes, de modo que la misma continuacion de las correcciones los hace incorregibles. De ahí es que su corazon oprimido no puede abrirse á la confianza ni á las dulces impresiones de la amistad y de la caridad. Las almas fuertes se perfeccionan con los trabajos y humillaciones; pero las débiles necesitan ser convidadas con dulzura y afabilidad á la carrera de la virtud.» Penetrado de este discurso el abad se echó á los pies de Anselmo, confesando que no habia procedido con discrecion y prometiendo enmendarse.

Ea misma destreza mostraba el santo doctor en la direccion de todas las almas. Estaba tan versado en la ciencia práctica de las costumbres, que descubria á cada uno los movimientos mas imperceptibles de su corazon, el origen y los progresos de las virtudes y de los vicios, y los medios mas á propósito para corroborar aquellas y estirpar estos. No se mostró menos profundo en las ciencias especulativas. Tenia una metafísica que le era propia, y la adaptaba admirablemente á las verdades de la Religion y á los testimonios de la sagrada Escritura, resolviendo de ese modo muchas cuestiones de teología, oscurísimas en su tiempo y que no habian sido tratadas hasta entonces. Donde manifestó particularmente la sagacidad de su espíritu fué en la primera obra que escribió, intitulada el *Monólogo*, en sus tratados de *la Verdad*, del *Libre Albedrio*, y de *la Caída del demonio*, en que esplica el origen del mal, y en su obra de dialéctica acerca de las sustancias y

sus modificaciones. En el *Monólogo*, al cual añadió despues el *Prólogo*, se propone buscar con las fuerzas de la razón natural las pruebas metafísicas de la existencia de Dios, de donde pasa al conocimiento de su naturaleza y de las divinas Personas, en cuanto puede alcanzar la razon con el auxilio de la fé. En el *Prólogo* se encuentra el descubrimiento que hizo San Anselmo relativamente al Ser Supremo, cuya existencia, dice, se establece con la sola idea de él, supuesto que siendo la existencia una perfeccion, está necesariamente comprendida en esta idea. Por estos varios escritos ha sido mirado su autor como el mejor metafísico que ha tenido la Iglesia latina despues de San Agustín.

Aunque tenia mucha inclinacion á las ciencias, no pudo satisfacerla como deseaba, á causa de los muchos asuntos que le distraian del estudio, y principalmente porque no pudiendo trabajar ya el venerable Heluino por su edad avanzada, tenia que llevar Anselmo todo el peso del gobierno. Le ocurrió el pensamiento de hacer renuncia de su priorato, y fué á Rouen á consultar al arzobispo Maurilo. Este prelado estaba muy versado en el conocimiento de la vida interior y de la disciplina monástica que habia practicado en Fecamp, de donde le sacaron contra su voluntad para colocarle en la Silla arzobispal. «Hijo mio, dijo á Anselmo, no te dejes engañar de la indolencia, que se oculta muchas veces bajo el horror aparente de los empleos y dignidades. En mi larga carrera he visto muchos que, habiéndose retirado de la direccion de las almas, cayeron en una verdadera pereza y en una relajacion funesta, en vez de encontrar el santo reposo que al parecer se proponian. Por tanto, te mando en virtud de santa obediencia, que conserves tu empleo todo el tiempo que quiera tu abad; y cuando seas llamado á un puesto superior, guárdate

de resistirte. Yo sé que la Providencia no tardará en sacarte del grado en que te hallas.» Esta respuesta, que causó á Anselmo una gran afliccion, se verificó en el año 1078, en que inmediatamente despues de la muerte del abad Herluino fué elegido por sucesor suyo, sin faltarle ni un solo voto. Hizo todo lo posible para eximirse de este nuevo cargo, y si cedió al fin, fué por el temor de resistir á la orden de Dios, en vista de lo que le habia dicho el arzobispo Maurilo.

Los bienes que esta nueva abadía poseia en Inglaterra, obligaron al nuevo abad á hacer algunos viages á aquel pais; á lo que le movia tambien en parte el amor que conservaba á su antiguo maestro Lanfranco, que algunos años antes se habia visto precisado á subir á la gran Silla de Cantorberi. En todos los lugares por donde pasaba Anselmo le recibian con distincion, no solo los religiosos, las religiosas y el clero, sino tambien los condes, las condesas y los señores mas poderosos del reino. Sabia, como el apóstol, hacerse todo para todos; se acomodaba á su genio y á sus modales en cuanto podia ejecutarlo religiosamente, y no hablaba con el tono severo de un doctor, sino con el lenguaje fácil y afectuoso de un padre que busca la verdadera felicidad de sus hijos. Se tenia por feliz cualquiera que le oia: las personas mas distinguidas eran las que mostraban en esto mayor solicitud, y no habia una en Inglaterra que no creyese desmerecer para con Dios si no prestaba algun servicio al abad del Pico. El mismo rey Guillermo el conquistador, que trataba con tanto imperio á los ingleses, era tan afable para Anselmo, que delante de él parecia otro hombre.

Al advenimiento de Gregorio VII á la Cátedra pontificia le escribió Guillermo felicitándole, y el Papa le contestó en 1074 hablándole de los males que sufría la Iglesia. Viendo que los reyes y los señores, á